

DIVERSIDAD CULTURAL

(A propósito de la tan mentada coexistencia pacífica)...

Durante el siglo pasado las grandes oleadas migratorias llegaron hasta las dos Américas desde el viejo mundo, empujadas por las desastrosas herencias económicas dejadas por dos guerras mundiales... Hoy, el cauce de este flujo se ha instalado al interior de nuestro continente, y ha aumentado de manera explosiva. Cada día es más numeroso el contingente de emigrantes que, con el bagaje de sus tradiciones y su manera de vivir a cuestas, aprovechando la facilidad que otorga el idioma común, se desplazan en búsqueda de un lugar más favorable para satisfacer sus necesidades básicas. En el mejor de los casos, esperan lograr el acceso a una situación de mayor bienestar personal y familiar, insertándose con mucho esfuerzo y sacrificio en contextos culturales diferentes, que no siempre aceptan de buen grado esa **coexistencia**, muchas veces indeseada.

Es bueno preguntarnos: ¿Qué sucede cuando unos hombres y mujeres que han debido abandonar “lo propio”, enfrentan en la rutina de sus relaciones diarias una interacción “obligada” con esos “otros”, que consideran y sienten como los representantes de un mundo profundamente “ajeno”?

La realidad nos indica que, si los dos “bandos” son suficientemente “civilizados”, suelen refugiarse en el **ejercicio de una pasiva tolerancia**, y tratan de sobrellevar sus relaciones mutuas, aplicando el conocido recurso del “yo no me meto contigo”... Si bien esta actitud puede con mucha dificultad mantener un clima de armonía engañosa en el corto plazo, fomenta un peligroso cambio de la conducta social, que se va expresando en la disminución paulatina del sentido de pertenencia a una comunidad-país, con la consiguiente merma en la participación ciudadana.

Chile no está exento de las consecuencias de este fenómeno...

Hermanas y hermanos de países de nuestra “Patria Grande”, y otros más, venidos desde el oriente, de China y Corea, siguen viniendo hacia nosotros en busca de lo mismo y, para ser sinceros, no siempre encuentran ese país que en su cantar asegura que “quiere al amigo cuando es forastero”... Pero eso no nos debería extrañar, porque todos también conocemos la otra cara de la moneda que nos recuerda que “otra cosa es con guitarra”...

Solemos reconocer las bondades de la coexistencia de diferentes culturas y hablamos mucho del aporte positivo de la presencia **multicultural** pero, al mismo tiempo, obstaculizamos la construcción consciente de un **diálogo intercultural al interior de nuestras propias estructuras sociales**.

El problema consiste en que no se trata simplemente de reconocer en nuestras sociedades la existencia de un multiculturalismo que se expresa en variadas y paralelas formas de vida encerradas en una suerte de “guetos” incomunicados entre sí.

Pareciera que todavía nos hace falta a nosotros, los ciudadanos y ciudadanas, comprender los profundos y enriquecedores aportes que tendría, para el desarrollo cultural de todos nuestros países, el estímulo y el fomento del libre flujo de relaciones y acciones en común entre esos distintos modos de vida y visiones de mundo.

En nuestras políticas culturales pregonamos la indispensable ampliación de oportunidades de acceso a la Cultura para todas y todos los ciudadanos, pero, desgraciadamente, la mayoría de las veces nos quedamos sólo en el derecho al libre consumo de los bienes culturales y casi nunca lo hacemos respecto al derecho de cooperar activamente en la construcción de nuestra propia cultura a través de nuestra participación personal en obras concretas.

Entramos en un tercer gran período, donde el concepto de los derechos se desplaza hacia nuevos caminos, como son el de la diversidad de la creación crítica y el de la libre invención de los mundos de la cultura. No se trata de algo abstracto, es justamente en el diálogo creativo entre estas diferencias, donde radica la esencia de la humanidad y se construyen las bases de una sociedad armónica y desarrollada en plenitud.

Hace falta elaborar e impulsar las políticas y las acciones, internas y externas, que contribuyan a elevar la capacidad creativa de todos aquellos que nos sentimos pertenecientes a la comunidad social, para que podamos no sólo acceder a una distribución equitativa de los bienes culturales producidos, sino también expresar en obras nuestras múltiples diversidades,

La humanidad entera enfrenta hoy el desafío de abrirnos a un nuevo mundo, y de repensar nuestras identidades personales y sociales desde una perspectiva que asuma abiertamente y sin temor las enriquecedoras y diferentes culturas que hasta ahora acompañan nuestro desarrollo pleno como especie y lograr tejer con ellas un diálogo entre iguales, que permita llegar a una armónica y constructiva **convivencia**.

Hace falta, de una vez por todas, pasar de un pluriculturalismo estático a un interculturalismo activo y reemplazar el concepto pasivo de la tolerancia por aquel más activo de la aceptación gozosa de la enriquecedora diversidad cultural.

Pasar de la **coexistencia pasiva** a la **convivencia activa**. **Asumamos el desafío.**

Claudio di Girolamo